

PERDIO LA XENOFOBIA

LA minoritaria xenofobia en Suiza ha sido rechazada por una clara mayoría de votos en contra: 1.689.870 votantes (66 por 100) dijeron «no» a la expulsión de medio millón de extranjeros, y 878.739 (34 por 100) dijeron «sí». De todos modos, sorprende el alto porcentaje de abstenciones, 30 por ciento, si se tiene en cuenta la importancia de la votación para el país. El voto femenino ha sido decisivo, contra todos los temores que ha habido al respecto, para el rechazo de la iniciativa. En efecto, comparando los resultados de ahora con los de 1970, los «noes» aumentan en un millón, y los «sies» xenófobos en trescientos mil solamente. Por otra parte, en 1974 ningún cantón ha aceptado la iniciativa, mientras que en 1970 hubo siete cantones que aprobaron la de entonces. Los porcentajes de «noes» van del 76 por 100 en el cantón de Ginebra al 56 por 100 en el Uri. La Suiza latina en bloque ha rechazado con una aplastante mayoría la iniciativa en comparación con la Suiza alemana.

La votación estaba referida a una iniciativa de una agrupación política de extrema derecha: la Acción Nacional, fuerte sobre todo en la Suiza alemana, pretendió que se incluyese en la Constitución helvética un artículo cuyo párrafo principal dice: «El Consejo Federal adoptará las medidas oportunas para que el número de extranjeros

residentes en Suiza no exceda de 500.000. En cada cantón, la proporción de extranjeros será del 12 por ciento, como máximo, de la población suiza residente, con la excepción del cantón de Ginebra, donde será del 25 por 100, como máximo». Otro párrafo dispone que la reducción de la población extranjera de-

es: «Uno ya no se siente en su propia casa». Pero para que la opinión pública no piense que la iniciativa iba dirigida exclusivamente contra los trabajadores extranjeros, sus autores adornan sus argumentos con ataques contra los trusts y los grandes intereses financieros, a los que dan un tinte demagógico y po-

están bien implantados, han aceptado la iniciativa o han estado muy cerca de hacerlo.

Las consecuencias son graves, pues eso indicaría que la solidaridad de los trabajadores de países ricos con los de países pobres o semiatrasados no es lo sólida que se piensan los dirigentes de los partidos y sindicatos de los países ricos. Además, esto podría presagiar futuros enfrentamientos dentro de las fábricas entre trabajadores suizos y extranjeros.

La iniciativa no ha salido adelante por dos razones fundamentales, ambas egoístas. Primera, el miedo a una crisis económica grave, a un posible para generalizado, a dejar de percibir pensiones de vejez (se hizo una fuerte presión sobre los pensionistas ancianos para que votaran «no» haciendo jugar en ellas el miedo a la bancarrota financiera de la caja del seguro)... Y la otra, las alusiones más o menos veladas hechas por una parte de la prensa y por ciertas figuras políticas a que la aprobación de la iniciativa podría poner en peligro la estructura política de la Confederación Suiza, y condicionar a una regresiva desintegración y erosión de los núcleos constitucionales que unen a los cantones suizos. Quizá muchos suizos hayan recordado la guerra civil, llamada del «Sonder Bund», que por motivos religiosos enfrentó en 1847 a siete cantones católicos con el resto de la Confederación.

Juan Anlló

berá efectuarse hasta el 1 de enero de 1978. Además se fijan toques máximos para las naturalizaciones anuales (4.000 por año) y para el número de obreros estacionales y fronterizos que podrán venir a trabajar a Suiza.

Esta era la tercera iniciativa de este tipo. La primera se presentó en 1965 ¡ya! La segunda se votó en 1970, y fue rechazada por el 54 por 100 de los votantes. Desde entonces, los sentimientos xenófobos se han ido acentuando en un vasto sector del pueblo suizo, sobre todo con la crisis económica mundial, que al afectar a Suiza en forma de una alta tasa de inflación ha exacerbado aquellos sentimientos y empujado a muchos suizos, particularmente en las capas sociales inferiores, a buscar en el trabajador extranjero el chivo expiatorio de los problemas del país. El comentario clásico de esos suizos

pullista. Y para mucha gente, esos ataques son fundados porque ven cómo los patronos han sido de los primeros en oponerse a la iniciativa.

Dos hechos importantes merecen ser señalados en el escrutinio: en doce cantones, los «sies» representan de un 36 a un 44 por ciento de los votos, lo que indica que la animosidad y xenofobia contra el trabajador extranjero tienen bastantes adeptos en Suiza. Todos esos cantones son de habla alemana, y sorprende que en el de Basilea —ciudad— haya habido un 41 por 100 de «sies», pese a ser una ciudad con una fuerte población obrera suiza y con una tradición liberal y progresiva para con los niveles suizos. Y aquí entramos en el segundo hecho: en ciertas ciudades de la Suiza alemana, algunos de los barrios populares, en los que la izquierda y los sindicatos



Voulez-vous aussi payer leurs impôts?

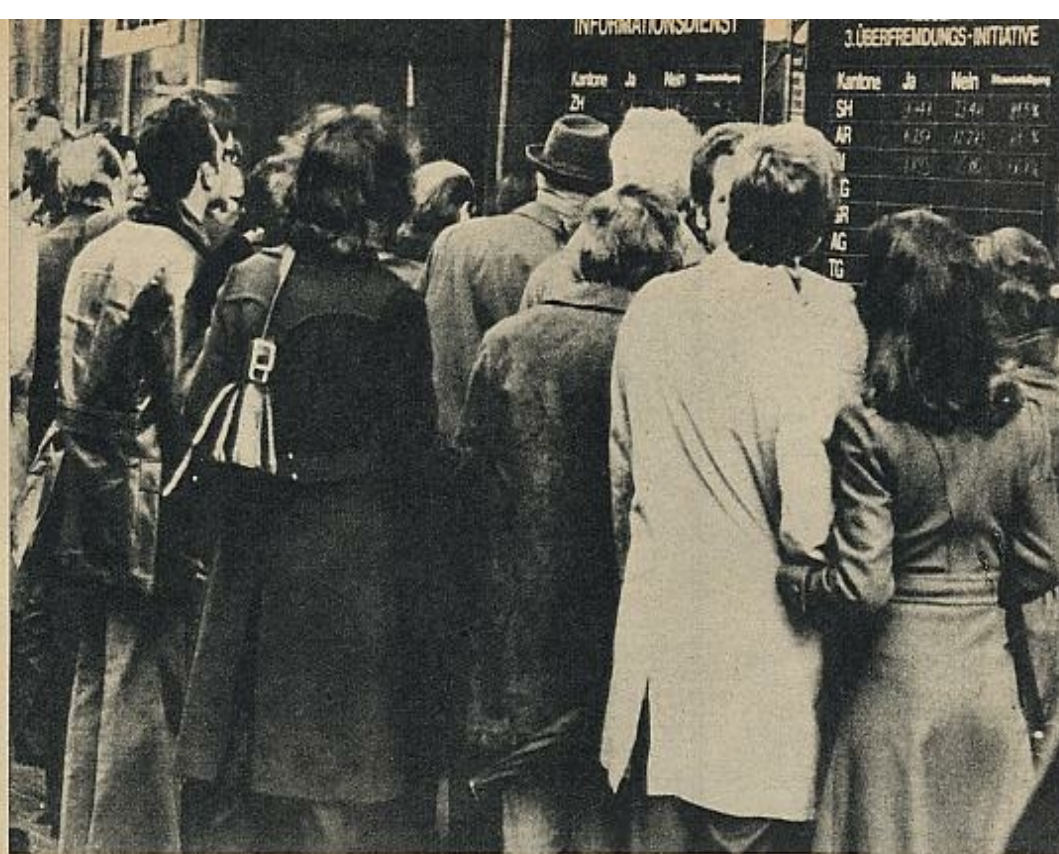
Vous devrez remplacer 1 contribuable sur 4. Les charges de l'Etat, elles, ne vont pas diminuer. (80% sont incompressibles).

Défendez votre niveau de vie votez

Non

Défense des contribuables Comité de défense des contribuables

Publicidad instando al voto negativo en el referéndum. El argumento utilizado es el de que, de ser expulsados los extranjeros, cada ciudadano suizo habrá de soportar una mayor carga impositiva.



Los ciudadanos helvéticos se agolpan frente a los cuadros para conocer los resultados del referéndum.

Se puede sacar de todo esto la conclusión de que los reflejos egoístas decidieron mucho más el resultado que las llamadas a los sentimientos humanitarios y a la salvaguardia, cara al extranjero, de la imagen de Suiza como el país de la Cruz Roja y la tierra de asilo para muchos perseguidos políticos. Aunque a muchos suizos les habrá fastidiado que el conocido general Amin, presidente de Uganda, haya enviado un telegrama felicitando a los suizos por querer liberarse de la «dominación extranjera».

Actualmente residen en Suiza 1.052.000 extranjeros, para una población total de algo más de seis millones: de cada seis habitantes, uno es extranjero. Del millón y pico de extranjeros residentes, 595.000 son trabajadores. Además hay que contar 98.000 trabajadores fronterizos, principalmente franceses, que vienen cada día a trabajar a Suiza, y 192.000 trabajadores estacionales, que trabajan sobre todo en la construcción y la agricultura. Pues bien, si se hubiese aprobado la iniciativa, habría que expulsar de Suiza a unos 500.000 extranjeros residentes (excepto los que trabajan en hospitales y clínicas y los miembros de representaciones diplomáticas o consulares, excluidos ambos grupos por la iniciativa), y a 28.000 trabajadores fronterizos y 42.000 estacionales. En la prensa suiza, antes de la votación se leía una y otra vez que la aplicación de la iniciativa exigiría expulsar diariamente a 500 personas durante tres años, entre 1975 y 1977. Los cantones más afectados serían el Tesino, de habla italiana, y los de Vaud, Neuchâtel y Ginebra, los tres de habla francesa, que tendrían que echar entre el 73 por 100 y el 60 por 100 de su población actual. La sangría sería tal para la economía del país que el Consejo Federal, el gobierno colegiado de Suiza, se ha creído obligado a dirigir-

Cette affiche date des années 30 !

APPEL A LA POPULATION GENEVOISE

La crise des affaires se prolonge, et toute l'industrie de l'hôtellerie suisse et le commerce en général souffrent cruellement du manque de clientèle étrangère. Chacun se rappelle avec regret les années de prospérité d'avant et pendant la guerre.

Indépendamment des familles étrangères, qui étaient venues s'installer et vivre chez nous, participant ainsi à la prospérité générale du pays, nos hôtels et nos commerçants pouvaient compter sur une saison de tourisme productive.

Actuellement tout cela a disparu! L'élévation du change suisse a fait partir les familles étrangères installées dans notre ville et détourné de notre pays les touristes appartenant aux pays à change déprécié.

Mais il est oiseux de se plaindre, il faut agir et réagir énergiquement. L'Office suisse du Tourisme organise par une large publicité, par l'affiche, par le film, une vaste propagande à l'étranger pour ramener dans notre pays la clientèle étrangère. Les grandes villes suisses et les stations d'été et d'hiver contribuent par de fortes allocations à cette publicité collective. Plusieurs stations ont réussi, malgré la crise, grâce à cette intelligente propagande, à remplir leurs hôtels cet hiver.

Le Comité de l'Association des Intérêts de Genève, ému de cet état prolongé de la crise actuelle, a décidé d'organiser une intense publicité destinée à ramener dans notre ville le courant de nos hôtes habituels.

Il fait donc un chaleureux appel à la solidarité de tous les milieux genevois et les invite à apporter leur aide patriotique à cette initiative.

Tous les dons, quelle que soit leur importance, seront reçus avec reconnaissance au Bureau de l'Association des Intérêts de Genève, place des Bergues, 3.

Que chacun fasse son devoir!

Le Comité de l'Association des Intérêts de Genève.

La lecture de cette affiche se passe de tout commentaire... elle montre à quel point l'économie genevoise souffre de la dévaluation du franc suisse et de la concurrence étrangère. Elle montre aussi que lors d'une période de travail normal, un appel solidaire est indispensable pour relancer le marché. La lecture de cette affiche est donc à méditer pour que l'histoire ne se répète pas... un reconnaissance!

Página aparecida en la «Tribune de Genève» y que reproduce un «Llamamiento a la población ginebrina», hecho público en los años treinta. El pie de foto dice: «La lectura de este cartel no necesita comentario... en él se nos muestra en qué situación se encontraba la economía de Ginebra cuando ésta quedó reducida exclusivamente a su expansión "natural"».

se por la radio y la televisión a los suizos, lo que no había hecho desde los años de la segunda guerra mundial, para pedirles que rechacen la iniciativa, basándose en que «el precio que tendríamos que pagar por tal acto de fuerza sería demasiado caro». Los partidos, los sindicatos, las asociaciones patronales, las iglesias y demás cuerpos organizados se oponen a la iniciativa, salvo el partido que la ha promovido, claro está, y hasta el señor Swarzenbach, que había sido el promotor de la iniciativa rechazada en 1970, se ha opuesto a ésta de ahora por considerarla excesiva e inhumana..., aunque él ya tiene una preparada en el bolsillo para presentarla al no aprobarse la actual. Según algunas noticias Swarzenbach intenta ahora que su propuesta se ponga a votación dentro de seis meses.

En contra de la aprobación han jugado un gran papel los datos de lo que sucedería ofrecidos por un equipo de economistas de Ginebra. Esos efectos serían:

- 1) baja de la población activa y consiguiente caída general de la productividad;
- 2) baja del 11 por 100 del producto interior bruto;
- 3) baja del salario medio por hogar del 6 por 100;
- 4) aumento de la carga fiscal del 14 por 100;
- 5) déficit de 1.158 millones de francos suizos de la caja nacional del seguro de vejez y sobrevivientes;
- 6) baja del ingreso bruto de las empresas individuales de 15.000 a 20.000 millones de francos suizos;
- 7) necesidad de dedicar 170.000 millones de francos a inversiones suplementarias en bienes de capital para compensar la marcha de unos 350.000 trabajadores efectivos;
- 8) baja del consumo individual del 4 al 6 por 100, al tener la Confederación que aumentar los impuestos indirectos, para compensar la pérdida de ingresos fiscales, a fin de seguir manteniendo los gastos públicos y colectivos, que son difícilmente comprimibles.

En la *Tribune de Genève* del 11 de octubre, un colaborador expuso los efectos de la expulsión de 55.000 extranjeros residentes en el cantón sobre cuatro grandes empresas ginebrinas. La fábrica metalúrgica Ateliers de Sechéron tendría que despedir al 23 por 100 de su plantilla y cerrar varios talleres en que la proporción de obreros extranjeros oscila entre el 62 y el 87 por 100. La cadena de supermercados Migros se vería obligada a cerrar de 10 a 12 tiendas y suprimir los servicios de preparación diaria de frutas y legumbres y de carnes. En los almacenes Grand Passage tendrían que cerrar varias secciones, y su cifra de ventas bajaría en un 20 por 100, al perder 55.000 clientes. Y la compañía de autobuses y trolebuses de Ginebra se vería obligada a suprimir 45 autobuses y reducir fuertemente los servicios urbanos que presta ahora. Para cumplir con lo que prescribe

PERDIO LA XENOFOBIA

el artículo sometido a referéndum, Suiza tendría que expulsar a unos 80.000 titulares de permisos de establecimiento, que se extienden a extranjeros que llevan más de diez años residiendo en el país. Esto violaría el estatuto legal reconocido a los titulares de tales permisos, y también los tratados internacionales firmados por Suiza con países de procedencia del emigrante, como Italia y España. Su expulsión podría acarrear medidas de represalia contra los suizos que residen en otros países. ¿Qué haría el gobierno español, por ejemplo, si Suiza llegase a expulsar a españoles que llevan residiendo en Suiza más de diez años? ¿Expulsaría, en represalia, al mismo número de suizos que vivan en España?

Había además el problema de cómo seleccionar a los que tendrían que irse. Lo lógico es que Suiza expulsase primero a los familiares «no productivos» de los trabajadores extranjeros, lo que significaría echar a esposas e hijos y desmembrar familias. Quizá expulsarían primero también a los extranjeros enfermos y a los refugiados políticos (¿echarían a los 14.000 húngaros y los 10.000 checos asilados en Suiza o a los chilenos?). La medida alcanzaría a los extranjeros casados con suizas, lo que sería una aberración total. Habría presiones de los empresarios para que se echen a los obreros de un ramo y no a los del suyo. ¿Se favorecería a los italianos a expensas de los españoles, o los alemanes y franceses, más «civilizados», a expensas de los «poco educados» meridionales europeos?

¿Cómo han reaccionado los trabajadores extranjeros a esta iniciativa? Pues con amargura y temor: con amargura al ver que incluso compañeros suizos de taller apoyan la iniciativa, lo que parece probar que la solidaridad de los obreros de los países ricos con los de los países que no lo son tanto es un mito; y entre esos obreros suizos los hay que militan en el partido comunista o el socialista de Suiza. Además reaccionan con temor ante la perspectiva de tener que volver a Italia o España, donde no sobran precisamente los puestos de trabajo. Todo esto hace extender el resentimiento de los trabajadores extranjeros contra los suizos. Paisanos gallegos me han dicho que, si se aprueba la iniciativa, tendrían que irse todos y dejar a los suizos que hicieran las casas, las escuelas, las carreteras y los hospitales, que barriesen las calles, que

sirviesen en los hoteles y restaurantes y lavasen los platos, que recogiesen las cosechas, y a ver qué pasaba. En efecto, Suiza es un país que envejece de prisa. Con su baja natalidad y sin el aporte de una mano de obra abundante y barata venida de fuera a partir de mediados de los años cincuenta, ¿habría alcanzado Suiza el nivel de riqueza que tiene? Lo dudo. Pero hay muchos suizos que ignoran o no ven esto. Se sienten acorralados por ese millón de extranjeros que hablan otro idioma, son ruidosos, cocinan con aceite de oliva y ajo, ocupan pisos, y cuyos hijos invaden las escuelas, etcétera. Esto dicen los suizos xenófobos. Los obreros y empleado suizos son los que conviven con los extranjeros, y no los suizos ricos, y de ahí que éstos estén en contra de la iniciativa y muchos obreros, campesinos y empleados suizos la apoyen. El banquero o el industrial suizo no es xenófobo contra el obrero extranjero, pues le produce dinero. ¿Cómo hacerle comprender al suizo asalariado xenófobo que equivoca los tiros y que la raíz del problema habría que buscarla en un crecimiento desmesurado, irracional y anárquico de la economía suiza, permitido por las autoridades y querido por los industriales, los cuales han hecho pingües beneficios a costa de ese crecimiento y de la explotación de los asalariados tanto suizos como extranjeros?

Lo grave es que esta iniciativa, aunque no haya salido adelante, habrá creado rencor y resentimiento entre suizos y trabajadores extranjeros, que ya no desaparecerán y que serán fuente de futuros enfrentamientos entre ambas comunidades. Ya en el vecino pueblo francés de Annemasse han aparecido, según parece, letreros en cafés diciendo: «No se admiten perros ni suizos». ¡Quién siembra, recoge!

Cara a España, la iniciativa planteaba un problema grave. Si hubiese sido aprobada, de los 120.000 españoles que residen en Suiza, podrían ser expulsados de 80.000 a 90.000. ¿Qué pasaría con su retorno? ¿Se les buscarían empleos a los obreros expulsados? Derecho a ello lo tienen, pues se han pasado años mandando miles de millones de pesetas en divisas. Además su expulsión no estaría provocada por una crisis económica en Suiza, sino por una medida unilateral y arbitraria de rescisión de sus contratos con violación del acuerdo de inmigración entre España y Suiza...

■ J. A.



REQUIEM POR LA TELEVISION

Todavía es pronto para saber qué efectos puede tener en el país la desaparición cuasi total de la Televisión Española. A eso equivalen sus nuevos horarios, su nuevo sistema de programación. Me parece que hay un exceso de confianza en la clase gobernante en la capacidad de arrastre de su medio, en la creencia de que si la televisión cambia su horario, España entera cambiará los suyos. Los esfuerzos para que el español se acueste pronto duran tanto como la posguerra; no deja de ser curioso que cuando el país comienza a desembarazarse poco a poco de la posguerra se rescuite ese antiguo, baldío y un poco misterioso esfuerzo. ¿Para qué? A no ser que todavía valga aquella frase de un antiguo escritor francés, "Todo lo que ocurre de noche es pecado..."

Los moralistas siempre le han tenido miedo a la noche. Tal vez sea también para identificarnos un poco a los europeos, nuestros vecinos, que son madrugadores y, por lo tanto, poco noctámbulos. Claro, que son circunstancias climatológicas. ¿Se llegará aquí a cambiar el clima?

Entre tanto misterio y rareza como hay ahora, éste de la televisión es bastante singular. Una clase gobernante que necesita más que ninguna precedente de un buen sistema de explicación de sí misma y de defensa de su política —no digamos de propaganda, que es una palabra maldita—, se priva de él. Apenas llega el español a casa cuando sólo le queda tiempo de escuchar las últimas palabras del buen padre con que termina la emisión nocturna, lo cual tampoco es demasiado favorable para la propagación de la fe religiosa. A menos que le suceda a uno lo que a Chesterton: era protestante y un día entró por azar, quizá para guarecerse de la lluvia, en una iglesia católica, con la oportunidad de oír a un predicador. Y Chesterton se hizo esta reflexión: "Si con ministros como éste, con predicadores como éste, la

Iglesia católica ha logrado sobrevivir dos mil años, es que tiene que ser la única verdadera". Y ésa fue la señal de su conversión.

Parece que esta anulación de la televisión entra en lo que llamaríamos el masoquismo de la clase gobernante. De la actual. Parece muy interesada en ayudar y sostener todo aquello que la ataca y en mantenerse en una indiferencia despectiva, a veces dañina, en todo aquello que coincide con ella o que trata de mantener su impulso hacia delante. En todo caso, más vale una clase gobernante masoquista que una clase gobernante sádica, como suele suceder con alguna frecuencia. Por lo menos, desde el punto de vista del gobernado.

A lo que no se ha prestado nunca, o casi nunca, la clase política española en los siglos en que su actuación está inventariada es a trabajar en el sentido de la vida popular cotidiana. La obsesión por "hacer un pueblo" a su imagen y semejanza es arcaica. Pocos gobernantes se han dado cuenta de que el pueblo está hecho y de que la posición más sensata y más racional es la de gobernar ese pueblo dentro de lo que él acostumbra a ser, y no tratar de acostumbrarle a ser como se le quiere gobernar. Habría que saber si esta manera procede de los siglos en que nos gobernaban los que venían de fuera, romanos, o drabes, o godos, o Pepes Botella, o Amadeos de Saboya, o flamencos, o lo que fuere; y la política se ha establecido para siempre sobre esta dicotomía. Temas para historiadores.

Será curioso ver, en el futuro inmediato, cómo se comporta el español sin televisión. Se le hace la noche larga, sin duda. Saldrá a la calle a buscar otra diversión. Quizá se diga de él otra vez que es ingobernable, cuando la verdad es que no se ha intentado nunca gobernarle con arreglo a sus necesidades, a sus deseos, a sus costumbres o a sus gustos. ■

POZUELO